

EL MALLORQUIN.

DIARIO DE PALMA.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.

PALMA. . . Libreria de D. F. GUASP, calle *d'en Morey*, 40.
MAHON. . . D. Matias Mascaró.
IBIZA. . . D. Joaquin Cirer y Miramont.

Mañana... {Sale el sol á 6 h. 47 ms. y se pone á 5 h. 41 ms.
{Sale la luna á 11 h. 34 ms. de la mañana. y se pone á 2 h. 18 ms. de la madr.^a
Un reloj arreglado al tiempo medio debe señalar al medio dia 12 h. 15 ms.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.

En Mallorca, por un mes. 10 rs.
En Menorca é Ibiza, por id. franco de porte. . . 10 id.
En los demas puntos del reino, por id. id. . . . 10 id.

SECCION LITERARIA.

RECEPCION DEL P. LACORDAIRE

EN LA ACADEMIA FRANCESA, EL 24 DE ENERO DE 1861.

Discurso del P. Lacordaire.

Señores:

Dos cosas tengo que agradecer á la Academia: primera, el haberse dignado admitirme en su seno; segunda, el haberme elegido para sucesor de Mr. de Tocqueville.

Mr. de Tocqueville murió todavía joven. El tiempo no cooperó á su gloria, y ya se le considere como escritor, como orador ó como estadista, no atendiendo mas que á la edad y á la obra, parece un edificio que está todavía por terminar. Y sin embargo si se fija la atencion en el rumor de su fama, nos habla al alma con voz sonora, llena y penetrante, con una voz que participa ya del soplo de la posteridad y que concede á Mr. de Tocqueville uno de esos nombres eminentes que están destinados á no perder jamas su dominadora influencia. Hombre singular entre todos los que han pasado á nuestra vista, no debió su nombradía á partido alguno, porque no militó en las filas de partido alguno. Ageno por completo á los defectos de su siglo, vió repetidas veces venirse abajo todo cuanto le rodeaba, sin que pudiese verse arrastrado en esa ruina, ni atribuirsele el honor de la victoria: operario activo sin embargo, soldado brioso, ciudadano entusiasta hasta el postrer momento de su vida, ocupó en la lucha un punto desde el cual su vista alcanzaba á mas objetos, y el sentimiento de lo bueno y de lo justo le preservaba con un escudo invulnerable.

Si fijó la atencion en mis contemporáneos, diré del uno que fué amigo constante y generoso de la monarquía, que tuvo un alma templada á la antigua por la fidelidad y que se ha bastado á sí propio contra las oleadas del infortunio y de la opinion pública: diré de otro que era sincero partidario del derecho que asiste á los pueblos para gobernarse por sí propios y que se le hubiera tomado por un Graco dispuesto á transformar el mundo en otra Roma y generalizando á todo el género humano el derecho de ciudadanía. Diré de aquel que adicto siempre á la libertad del pensamiento, de la discusion y de la conciencia, vió en la tribuna de un parlamento el último término de la grandeza humana y de la felicidad de las naciones. Diré de todos, en fin, que prestaron sus servicios á una causa victoriosa ó perdida, favorecida con las simpatías generales ó víctima de la aversion popular, que algunos han sido superiores á su partido y por lo tanto han sido hombres de su partido; y aun pagando el tributo de admiración á su talento, á su sinceridad, á su fe y á la parte que les ha cabido en la derrota ó en el triunfo, me reservaré el derecho de creer que su vista se limitó demasiado al horizonte de su tiempo y que no conocieron todo su secreto, ni supieron prever todos sus peligros. Solo acaso entre todos, Mr. de Tocqueville salvó esos límites á que se concretan sus contemporáneos, y en vano se trataria de buscarle entre ellos un puesto análogo ó parecido.

Diré acaso que sirvió constantemente á las antiguas monarquías de Europa, y que la herencia inenagenable del poder era para él una conviccion grabada en su corazón, al propio tiempo que un dogma, fruto del raciocinio? No pudiera decirlo. Sin duda la antigüedad, la tradicion, los antepasados, la majestad de los siglos, todo esto era para él grande y digno de ve-

neracion, y nunca trató con desden á los tronos derrocados por justa que fuese su destruccion; ántes al contrario le llenaba de tristeza como si se tratase de un naufragio en que desaparecia algo digno y sagrado, como si se tratase de una ruina en que leía con pesar la caducidad del hombre y de sus obras. Era un alma que se afligia en vista de la destruccion, y nunca presenció la ruina de objeto ni institucion alguna secular y gloriosa sin tributarle el obsequio de un suspiro significativo y elocuente; mas pagada esta deuda á su natural generosidad y nobleza miraba atentamente al derecho y al porvenir; buscaba en lo existente el sucesor de lo que habia sucumbido, y la ilusion de una inmutabilidad caballerescas no podia ocultarle el deber de echar una semilla en el sulco que quedaba abierto. Hubieran podido merecerle cariño los juramentos que no se dan jamas al olvido, mas preferia la accion del que nunca pierde la esperanza, aunque solo una vez la acierte.

Diré por ventura que se habia entregado sin reserva á la opinion liberal hija del siglo diez y ocho, que se engrandeció en la embriaguez de los primeros arranques de nuestras asambleas nacionales, que se estinguió, ó mejor, se adormeció al soplo opresor de nuestras victorias inmortales, y que rehabilitada súbitamente á la voz de un rey procedente del destierro, ocupó á toda la Francia en una lucha en la cual hallaron vida todas las convicciones, libertad todos los talentos, y todos los partidos hallaron dias de grandeza y tambien dias de espionaje? Tampoco pudiera decirlo, como quiera que esta opinion por popular que fuese, ofrecia algunos puntos débiles poco disimulados para la penetrante mirada de Mr. de Tocqueville, y aun algo de injusto que al manifestarse á su perspicacia afectaba á su rectitud. A causa de su origen en el seno de una edad escéptica, la opinion liberal habia conservado una idea juvenil contraria á las ideas y cosas religiosas; pues bien, precisamente era en sumo grado antipático á Mr. de Tocqueville ese mal gusto en todo lo que dice mas inmediata relacion con Dios.

Cuando Montesquieu, despues de adquirido ya un nombre, quiso para enseñanza de su siglo ocuparse en las leyes civiles y políticas, súbitamente y por el mero defecto de fijar su atencion en los fundamentos y necesidades de la sociedad humana, rompió los lazos que le unian á su tiempo, y de la misma pluma que se habia gozado en otro tiempo en escribir sus *Cartas persas*, salió el octogésimo libro de su *Espíritu de las leyes*, la mas bella apologia del cristianismo en el siglo diez y ocho, y el mas elevado testimonio de lo que puede la verdad en un alma grande que ha puesto sinceramente su pensamiento al servicio de los hombres. Mas afortunado que Montesquieu, Mr. de Tocqueville no tuvo que deplorar sus *Cartas persas*; su espíritu varonil no conoció las debilidades del escepticismo, y si tuvo en su fe algunos dias de intersticio, nunca dió en su corazón cabida á la impiedad, ni sus labios se mancharon jamas con una blasfemia. Amaba á Dios por conviccion natural, aun cuando no le hubiese amado segun el espíritu cristiano; le amaba como le ama un hombre de talento, que se siente inclinado hacia el padre de los espíritus, como hacia su origen. Y cuando mas robustecido y llegado á una edad mas madura se vió en el caso de juzgar á su época, habia experimentado ya el disgusto de encontrar la causa liberal muy apartada de Dios, que ha hecho libre al hombre. No acertaba á comprender que la libertad de conciencia pudiese ser una arma contra el cristianismo, y que el Evangelio

fuese perseguido ó reducido á cautiverio por el sentimiento que dejaba en libertad á Mahoma. Tampoco comprendia que pudiera haber solidez en nada sin un fundamento religioso; y al ver que la libertad separaba su nombre de un nombre mas elevado todavía que el suyo propio, temia que algun dia se aperciese y se le advirtiese con dureza que habia contado escesivamente consigo y muy poco con el auxilio de la eternidad.

Bajo otro aspecto tambien la opinion liberal afectaba á Mr. de Tocqueville; pareciale que la opinion liberal se dirigia solo á una clase de hombres, á esa clase rica en talento, en industria y en fortuna, que habia conquistado el poder quitándolo á la nobleza y al clero y hasta el trono, y que siendo la única heredera de tantas grandeas olvidaba demasiado quizá que debajo de ella quedaba un inmenso pueblo, libertado realmente de muchos males, pero afligido todavía por las necesidades de su alma y las de su cuerpo. ¿Nada tenia que hacer por este pueblo? ¿Bastábale acaso no ser esclavo ni siervo, bastábale ser gobernado, lo confieso, por leyes iguales para todos, viéndose empero privado de los derechos políticos, bastábale ser un servidor mas que un ciudadano, desatado pero no libre? ¿Era de creer acaso que entre él y la clase dominante hubiese verdadera simpatía y que la division profunda que ponía en otro tiempo un abismo entre la nobleza de cuna y todo el resto del pais no se conservase bajo otra forma entre el nuevo pueblo y sus nuevos dominadores? ¿Estaba realmente cimentada la unidad moral de la Francia? Mr. de Tocqueville no podia borrar de su ánimo estas graves cuestiones: en el brillante triunfo de la clase media francesa no veia la última realizacion de lo porvenir, ó á lo ménos miraba debajo de ella con inquietud, y en las apiñadas filas de la multitud consultaba con ansiedad su propia conciencia y la de todos.

Pues bien; ¿dirémos por ventura que habia entregado su alma á la espumosa oleada de la democracia, y que en medio de las conmociones populares, él, hijo de una noble familia, con una inteligencia superior á su raza bajó todas las gradas del mundo para buscarlo mas próximo posible á la tierra la sagrada cuna de los futuros destinos? ¿vivía acaso en esas regiones Mr. de Tocqueville, estaban ahí su corazón y sus esperanzas? ¿el pueblo era acaso para Mr. de Tocqueville el soberano natural de la humanidad, el mas perfecto legislador, el mejor magistrado, el hombre honrado por excelencia, el señor y el padre mas humano, el jefe en los combates, el consejero en los dias de bienandanza y de adversidad, y en fin la cabeza de ese gran cuerpo que tantos siglos há sigue su órbita al rededor de Dios buscando y cumpliendo su destino como puede? ¿Pudiera yo creer ni decir esto? Es cierto que Mr. de Tocqueville como buen cristiano amaba al pueblo; respetaba en él la presencia del hombre y en el hombre la presencia de Dios. A nadie amó como á los que le rodeaban, sirvientes, colonos, operarios, aldeanos, pobres ó desgraciados sin excepcion de nombres ni personas. Al verle en sus propiedades, al salir de ese gabinete del trabajo en que ganaba el pan diario de su gloria, se le hubiera tomado por un patriarca de los tiempos de la Biblia, á la sazón que era reciente todavía el recuerdo de la primera y única familia, y en que no habia otras distinciones sociales que las de la naturaleza, reduciéndose todas al ascendiente de la edad y de la paternidad. Mr. de Tocqueville practicaba literalmente en sus posesiones las palabras del Evangelio: *El que entre vosotros quiera ser el pri-*

mero, sea el servidor de todos. Prestandose á una afable y generosa comunicacion, servia á todos sus inferiores, y les servia tambien con la sencillez de sus costumbres que no ofendia la medianía de la persona, y con el verdadero atractivo de un carácter que sin carecer de noble orgullo sabia humillarse sin que él mismo lo notase, tan natural le era el acomodarse á todas las clases y á todos los caracteres. «El pueblo quiere mucho á Mr. de Tocqueville, decia un hombre del pueblo á un extranjero, pero es preciso confesar que le está muy agradecido.»

Este amor en tan singulares términos expresado halló por fin ocasion de manifestarse. Cuando en 1848 se inauguró el sufragio universal y directo, M. de Tocqueville obtuvo en su distrito el voto unánime de los electores, y entró en la Asamblea constituyente por la puerta sin mancha de la mas evidente y legitima popularidad. No la debia ni á la exageracion de las doctrinas, ni á los esfuerzos de un partido poderoso, ni al ascendiente de una gran fortuna; la debió exclusivamente á sus virtudes. ¿Feliz el ciudadano á quien se le elige de esta suerte en medio de las discordias civiles! pero ¡mas feliz todavía el pueblo que reconoce y elige á tales ciudadanos por unanimidad y con acierto! Permitidme con este motivo recordar un rasgo de dicha eleccion. El dia en que se le eligió, Monsieur de Tocqueville habia ido á pié á la capital de su distrito con el párroco, el alcalde y todos los electores de su municipalidad: rendido de fatiga estaba arrimado á una columna de la sala en que se procedia á la votacion: un labriego á quien no conocia, se le acercó y con familiaridad cordial le dijo: «Muy extraño se me hace señor de Tocqueville que esteis cansado: cuando todos os hemos llevado en el bolsillo.»

Así pues, Mr. de Tocqueville amaba al pueblo, y el pueblo le correspondia con igual amor. Reyes ha habido que han logrado igual suerte, y de esto nada se ha podido colegir en pro de las doctrinas del publicista. ¿Cuáles eran estas doctrinas? Joven todavía entre los veinte y cinco y los treinta años, y cuando ya la revolucion de 1830 habia conmovido en Francia las bases del gobierno monárquico y parlamentario, Mr. de Tocqueville obtuvo la comision de ir á los Estados Unidos de América para estudiar los sistemas penitenciarios que se habian inaugurado en aquel pais; pero esta comision útil y concreta, ocultaba un lazo que la Providencia le tenia preparado. Era imposible que Mr. de Tocqueville pusiera el pié en las Cámaras de América, sin que le sorprendiera ese nuevo mundo, tan distinto del mundo antiguo en que habia nacido. En cualquier pais del antiguo mundo que hubiese visitado, como Inglaterra, la Rusia, la China ó el Japon, hubiera encontrado una cosa que ya conocia, á saber, pueblos gobernados. Por primera vez se ofrecia á su vista un pueblo floreciente, pacífico, industrioso, rico, poderoso, respetado en el exterior, y ocupado en esparramar de continuo por nuevas y vastas soledades la tranquila oleada de su poblacion, y sin embargo este pueblo subsistia sin mas dueño que sí propio, sin distincion alguna de nacimiento, con magistrados que los elegia de todas las categorías de la gerarquía civil y política, pueblo libre como el indio, civilizado como el europeo, religioso sin dar exclusion ni preponderancia á culto alguno, pueblo en fin que presentaba al mundo sorprendido el drama viviente de la libertad mas absoluta en medio de la igualdad mas perfecta. Mr. de Tocqueville habia oido pronunciar en su patria dos palabras: libertad, igualdad: habia visto realizarse revoluciones para esta-

blecer el imperio de estos dos principios; pero este imperio real, establecido, que subsiste por sí propio sin auxilio de nadie, porque es cosa comun á todos, no lo habia encontrado aun en parte alguna, ni aun en los antiguos pueblos que tenian un foro y leyes discutidas en público, aunque este privilegio de la discusion solo correspondia á un limitado número de ciudadanos comprendidos en el estrecho recinto de una ciudad. Sociedad sin ejemplo, fundada por proscritos y emancipada por colonos, los Estados-Unidos de América habian realizado en un inmenso territorio lo que no pudieron hacer Atenas ni Roma, y lo que la Europa parecia buscar en vano por medio de penosas y sangrientas revoluciones. ¿Cuál era la causa de semejante fenómeno? ¿Qué resortes se habian puesto en movimiento para conseguirlo? ¿Era un incidente efímero ó la reevolucion del destino preparado para los siglos venideros?

M. de Tocqueville estudió estas cuestiones siendo joven todavía pero ilustrado ya por la independencia de un espíritu que solo iba en pos del bien y de la verdad. No admiró á la América sin restriccion alguna; no creyó que todas sus leyes fuesen aplicables á todos los pueblos; supo hacer distincion entre las formas variables de los gobiernos y el sagrado fondo que es de la competencia del género humano. Se sobrepuso á su admiracion para advertir á la América los peligros que la amenazaban, para censurar la esclavitud, esa plaga inhumana é impia á la cual quince Estados están dispuestos á sacrificar la gloria y hasta la existencia de su patria, y por último despues de esta mirada imparcial y profunda en la que habia evitado á la vez la adulacion, la paradoja y la utopia, dirigió á la Egipto una mirada reflexiva, pero animado por la emocion que, segun sus propias palabras le llenó de una especie de terror religioso. Creyó ver que la Europa, en particular, avanzaba á grandes pasos hacia la igualdad absoluta de condiciones, y que la América era la profecía y como la vanguardia del futuro destino de las naciones cristianas. Y digo de las naciones cristianas, puesto que armonizaba con el Evangelio este movimiento progresivo del género humano hacia la igualdad; creía que la igualdad delante de Dios proclamada por el Evangelio era el principio del que dimanaba la igualdad ante la ley, y que una y otra, la igualdad divina y la igualdad civil, habian abierto á la vista de todos el horizonte indefinido en que desaparecen todas las distinciones arbitrarias para no dejar subsistente en medio de los hombres mas que la gloria penosamente adquirida del mérito personal.

Mas á pesar de este origen sagrado que atribuía á la igualdad, á pesar del sorprendente espectáculo que habia admirado en América, á pesar de su convencimiento de que esa igualdad era un hecho universal, irresistible y permitido por Dios, no dejaba de mirar con un santo temor el porvenir que preparaba al mundo un cambio tan grande en las relaciones sociales. Habia visto entre los americanos que la igualdad obraba naturalmente como una virtud hereditaria, la encontraba con frecuencia en Europa bajo la forma de una pasion, pasion de envidia, enemiga de la superioridad agena, pero codiciosa y egoísta, con una mezcla de orgullo y de hipocresía, capaz de procurarse á toda costa el espectáculo de la humillacion universal, y de convertir esa humillacion en un Capitulo en un Panteon. Habia visto en América surgir el orden de una igualdad aceptada por todos, encarnada en las costumbres lo propio que en las leyes, igualdad verdadera, sincera, cordial, que comprendía á todos los ciu-

dadanos en los mismos deberes y en las mismas leyes; y por otra parte la veía en Europa inquieta, amenazadora, impía, ocupada en combatir hasta al mismo Dios, y su victoria, que sin embargo era inevitable, le producía á la vez el vértigo del temor y la calma de la corteza.

Nota tambien en Mr. de Tocqueville otra mirada que dominaba á las demas, y que hasta el postrer momento de su vida fué objeto de las preocupaciones que mas le afectaron.

En los Estados-Unidos la igualdad no está aislada, pues va constantemente unida á la mas completa libertad civil, política y religiosa. Estos dos sentimientos son inseparables en el corazon del americano, de suerte que no concibe la igualdad sin la libertad, ni la libertad sin la igualdad. Mas al estudiar la práctica de estos principios, así en la historia como en nuestros tiempos y países, échase de ver que la democracia, cuando no es reprimida por sí propia, cae fácilmente en un esceso que causa su corrupcion, y para ponerla en salvo ápele al contrapeso de un despotismo al que se le permite todo, porque lo hace todo en nombre del pueblo, idolo en que la multitud busca todavía y cree encontrar todo lo que ha perdido. Pues bien; Mr. de Tocqueville veía en Francia y en Europa á la democracia joven todavía, marchar hacia su decadencia y tomar ese carácter desenfrenado que la pone en el inevitable punto de sufrir la dominación de un dueño omnipotente; preveía que la demagogia heriría de muerte á la naciente libertad, y que en las naciones cristianas, mas aun que en los pueblos antiguos, la licencia armaría al poder en nombre de la seguridad común, pero en perjuicio de la libertad de todos.

Esté presentimiento que á nadie se le habia ocurrido entónces, Mr. de Tocqueville lo tuvo y lo confesó. Desde el año 1835 al publicarse su obra *De la democracia en América*, anunció que la libertad corría peligros inminentes en Francia y en Europa; dejó consignado que el espíritu de igualdad triunfaba en nosotros del espíritu de libertad, y que esta disposición, unida á otras causas, nos amenazaba con desastres y catástrofes que sorprenderían al presente siglo. Nuestro siglo no lo creyó, y seguía adelante en su camino, lleno de confianza en sí propio, seguro de su triunfo, desdénando los consejos no ménos que las profecías, convencido como Pompeyo el día antes de la batalla de Farsalia de que no tendría mas que dejar caer con fuerza su pie sobre el suelo para proporcionar á Roma, al senado y á la república legiones invencibles. Pero Mr. de Tocqueville no debía morir sin haber visto justificadas sus previsiones, ni sin haber preparado á su siglo lecciones dignas de sus infortunios.

Instruir á la democracia, decia en sus escritos Mr. de Tocqueville, reanimar, si es posible, sus creencias, purificar sus costumbres, regular sus movimientos, sustituir poco á poco la ciencia de los negocios á su inesperienza, y el conocimiento de sus verdaderos intereses á sus ciegos instintos; acomodar su gobierno á los tiempos y á las localidades; modificarlo según las circunstancias y los hambres, tal es el primero de los deberes impuestos en nuestros días á los que dirigen la sociedad. Se necesita una ciencia política nueva para un mundo enteramente nuevo (1).

Esta nueva ciencia, Mr. de Tocqueville creía haberla descubierto en las instituciones, en la historia y en las costumbres del primer pueblo que ha vivido bajo el imperio de una perfecta democracia. Incapaz de mirar como simple espectador un fenómeno tan grande, trató de sondear sus causas, de indagar sus leyes, y seguro de proporcionar una instrucción á su patria y acaso á la Europa, escribió sobre la América con la sagacidad de un filósofo y el alma de un ciudadano. Su libro brilló desde luego como un relámpago. Traducido á los idiomas de todos los pueblos civilizados, cualquiera hubiera dicho que el género humano lo estaba esperando, y sin embargo no hallaba pasión alguna, ni partido, ni escuela, ni pueblo alguno de esta parte del Atlántico. Se presentaba solo con el talento del escritor, con la pureza de su corazon y la voluntad de Dios. Traía á todos los espíritus sensatos, en medio del caos de las doctrinas y de los acontecimientos, una luz que podia acaso desagradar, pero que se diferenciaba de

todas las demas, una luz que participaba de lo porvenir sin humillar á lo presente. No se habia visto otra obra igual desde que Montesquieu habia publicado su *Espíritu de las leyes*, libro sin ejemplo tambien, superior á su siglo por la religion y la gravedad, y que á pesar de su indole profundamente grave, tuvo el arte de seducir y es aun popular en nuestros días en que se lee ménos de lo que se merece.

Vuestra voz, señores, se unió á los votos de ambos hemisferios. No esperásteis á que la edad hubiese sazonado la gloria del joven publicista, y le disteis asentó á vuestro lado, de donde le ha arrancado una muerte tan prematura como prematura habia sido su ilustracion. Mas dispensadme que me haya adelantado en abrir una tumba cuando me encuentro todavía en los umbrales de una inmortalidad.

La obra de Mr. de Tocqueville reunia mas de una clase de atractivos. La América era mal conocida, porque ningun talento superior la habia estudiado aun. Los años no veían en ella desde lejos mas que una demagogia grosera é importuna; los otros aplaudían en ella de antemano el triunfo de sus utopias personales. Monsieur de Tocqueville substituyó la verdad á la ilusión, y su severa pluma esparrió en un cuadro enteramente nuevo, el encanto infinito de la verdadera luz. Costumbres, historia, legislación, caracteres de los hombres y de los países, causas y consecuencias, todo tomó bajo su buril el poder del investigador, que descubre y del escritor que graba lo que ve para enseñanza de los ausentes. Pego lo que sorprende y encanta en primer término, es el soplo que anima ese libro, el generoso entusiasmo que mueve al autor y da á conocer en él al hombre que se preocupa de la suerte de sus semejantes en lo presente y en lo porvenir. Conmueve porque tambien él está conmovido, y hasta su seriedad austera aumenta la emocion con la elocuencia del contraste. Así como Montesquieu subordina su espíritu al arte al mismo tiempo que cree en una causa y quiere servirla, Mr. de Tocqueville se abandona á la irresistible corriente de sus tristes presentimientos de la verdad y la teme, la teme y la dice, apoyado en la idea de que hay un remedio para ella; de que este remedio lo conoce, de que tal vez lo recibirán de él sus contemporáneos ó la posteridad. Ora la esperanza se sobrepone á la inquietud, ora la inquietud se sobrepone á la esperanza, y de este conflicto que se realiza sin cesar entre el autor y el libro, y el libro y el lector, surge un interés que seduce al alma, la eleva y la conmueve.

¿Cuál era, pues, ese remedio que tranquilizaba á Mr. de Tocqueville, remedio del que esperaba el bienestar de las generaciones? Ya comprendéis perfectamente que este remedio no consistía en la imitación pueril de las instituciones americanas, sino en el espíritu que anima al pueblo americano, y que ha sido el fundador de sus leyes. Ese espíritu da la vida á las instituciones como el alma da la vida al cuerpo. Pues bien, el espíritu del pueblo americano, tal como lo comprendía Monsieur de Tocqueville, se resume en las cualidades, ó mejor, en las virtudes que voy á esponer.

El espíritu americano es religioso; conserva un respeto innato á la ley; Tiene tanto cariño á la libertad como á la igualdad; cifra en la libertad civil el primer fundamento de la libertad política.

Esto precisamente es el contraste del espíritu que arrastra, mas que dirige, á una gran parte de la democracia europea. En tanto que el americano cree en su alma, en Dios que la ha criado, en Jesucristo que la ha salvado y en el Evangelio que es el libro común del alma y de Dios, el demócrata europeo, salvo nobles excepciones, no cree mas que en la humanidad, y aun en cierta humanidad ficticia que se ha creado en su ilusión. Esta ilusión es á la vez su alma, su Dios, su Jesucristo, su Evangelio y no piensa en otra religion, por antigua y respetada que sea, sino para perseguirla y acabar con ella, si puede. El americano ha tenido padres que llevaron la fe hasta la intolerancia; pero ha dado al olvido su intolerancia y solo ha conservado su fe. El demócrata europeo ha tenido padres que no tonían fe pero que predicaban la tolerancia; pero ha olvidado su tolerancia para no acordarse mas que de su incredulidad. El americano no comprende al hombre sin una religion íntima ni á un ciudadano

no sin una religion pública. El demócrata europeo no comprende la existencia de un hombre que ruega en su corazon y ménos todavía la de un ciudadano que ruega á la vista de su pueblo.

La propia diferencia se encuentra en lo que se refiere á la ley. El americano que respeta la ley de Dios respeta tambien la ley del hombre; y si la cree injusta se reserva el derecho de obtener un día su anulacion no por medios violentos, sino empleando de un modo pacífico y seguro todos los medios de persuasión que el hombre lleva consigo en su inteligencia y medios mas poderosos todavía que puede proporcionarle su probada adhesión á la causa de la justicia.

Para el demócrata europeo, y al decir esto entiendo siempre dejar á salvo las excepciones necesarias, la ley no es mas que un decreto impuesto por la fuerza y que la fuerza tiene el derecho de anular. Aun cuando todo un pueblo le hubiese dado su consentimiento y su sancion, el demócrata europeo profesa el principio de que una minoría y hasta un hombre solo, tiene el derecho de oponerle una protesta con armas, en la mano y de mojar en sangre humana un papel que no tiene otro valor sino la impotencia en que está de reemplazarlo con otro. Proclama osadamente la soberanía del objeto, esto es, legitimidad absoluta y superior á todo, hasta al pueblo, de lo que cada uno en su interior cree ser la causa del pueblo.

El americano, procedente de un país en que la aristocracia de la cuna tuvo siempre una considerable participacion en los negocios públicos, ha quitado de sus instituciones la nobleza hereditaria y ha reservado al mérito personal el honor de gobernar. Pero al mismo tiempo que quiere con pasión la igualdad de condiciones, ora se la considere con respecto á Dios, ora con respecto al hombre, no tiene en menor estima la libertad, y si se ofreciese ocasion de tener que escoger entre una y otra, haría como la madre que se presenta en juicio delante de Salomon, y diría á Dios y al mundo: No las separéis, porque la conservacion de ambas es la vida de mi alma, y yo moriría el día en que muriese una de las dos. El demócrata europeo no lo entiende así. En su concepto, la igualdad es la grande y suprema ley, la que prevalece sobre todas las demas y á la que debe sacrificarse todo. La igualdad en la servidumbre le parece preferible á una libertad apoyada en la gerarquía de las clases. Prefiere ver á Tiberio imperando sobre una multitud, que no tiene derechos ni nombre, que al pueblo romano gobernado por un patricio secular, y que de él recibe el impulso que le hace libre con el freno que le hace fuerte.

El americano no deja nada de sí propio á merced de un poder arbitrario; entiendo que empezando por su alma todo es libre, todo lo que le pertenece ó le rodea, familia, municipalidad, provincia, asociacion para las letras y para las ciencias, para el culto de su Dios y para el bienestar de su cuerpo. El demócrata europeo, idólatra de lo que llama el Estado, toma al hombre en su cuna para ofrecerlo en holocausto á la omnipotencia pública. Profesa el principio de que el niño, antes de pertenecer á la familia, pertenece á la ciudad; es decir, el pueblo representado por los que le gobiernan, tiene el derecho de formar su inteligencia con arreglo á un modelo uniforme y legal. Profesa el principio de que la municipalidad, la provincia y cualquiera asociacion, hasta la mas indiferente, dependen del Estado y no pueden obrar, ni hablar, ni vender ni comprar, ni existir, en fin, sin la intervencion del Estado y en la proporcion determinada por él, haciendo así de la servidumbre civil mas absoluta el vestíbulo y el fundamento de la libertad política. El americano no da á la unidad de la patria mas que lo precisamente necesario para ser un cuerpo moral; el demócrata europeo oprime al hombre bajo todos conceptos para crearle una estrecha cárcel bajo el nombre de patria.

Si por último, señores, comparamos los resultados, la democracia americana ha fundado un gran pueblo religioso; poderoso, respetado, y en fin, libre; aunque no sin experimentar ruidas pruebas y peligros; la democracia europea ha roto los nudos de lo presente con lo pasado, se pulsa los abusos entre ruinas, levanta aquí y allá una libertad precaria, conmueve al mundo con los acontecimientos mas de lo que le renueva con institucio-

nes, y dueña incontestable de lo porvenir nos prepara, si es que al fin se constituye y regula, la terrible alternativa de una demagogia sin fondo ó de un despotismo desenfrenado.

La certeza de semejante alternativa alocaba sin cesar el alma patriótica de Mr. de Tocqueville que presidió todos sus trabajos y mereció la gloria sin mancha en que ha vivido y en que ha muerto. Ningun otro en vuestro tiempo fué á la vez mas sincero, mas lógico, mas generoso, más decidido y más alarmado. En el fondo, lo que amaba sobre todo, su verdadero y único idolo, allí no tengo reparo alguno en decirlo, no era la América, sino la Francia y su libertad. Amaba la libertad considerándola en sí propia, en el recinto de su conciencia como el primer principio del ser moral y el origen de donde procede, con auxilio de la lucha, toda fuerza y toda virtud. La amaba en la historia al verla presidir los destinos de los mas importantes pueblos, al verla formar á todos los hombres que han dejado de sí propios en la historia del mundo un vestigio que le ilumina y la alienta. La amaba en el cristianismo al verla en lucha con todo el poder de un imperio degenerado, al verla como inspira el alma de los mártires y salva por medio de ellos no ya la verdad de los sabios, sino la verdad divina; no ya la dignidad del género humano, sino la dignidad de Jesucristo hijo de Dios. La amaba en los recuerdos de su patria, en esa crecida serie de generaciones en que la libertad se identificó con el honor y el honor se consideró como el primer bien de la vida, y en que se daba la vida para salvar el honor, para dar pruebas de amor, para defender la fe, para morir en fin de un modo digno de sí y digno de Dios. La amaba en su propia sangre, de la que habia tomado, junto con la tradicion de sus mayores, la alta dignidad de una obediencia que nunca se habia envilecido, y la gloria de un nombre que habia sido siempre puro. La amaba en fin bajo otro concepto, por el aspecto que ofrecen los pueblos decaídos, las costumbres pervertidas, las bajezas de los monarcas, el envilecimiento de los talentos, y la debilidad y cobardía de los corazonces; y al notar que todos estos motivos de vergüenza de que está llena la historia correspondían á las épocas en que regia la servidumbre, cobraba hacia la libertad otro cariño mas intenso todavía que el primero, un cariño al que se mezcla la indignacion y que induce á jurar eterno odio y lucha sin tregua.

Este juramento se conservaba perenne en el alma de Mr. de Tocqueville, y fué el alma de todos sus pensamientos y de todos sus actos.

Debiera hablaros ahora, señores, de los doce años de su carrera legislativa; pero en esta laya que todavía quema, no encontraría tan solo ideas y virtudes, sino que encontraría hombres y acontecimientos. ¿Es conveniente que trate de examinarlos? Desde estos escaños en los que se le hizo sentir en 1839 y que no desocupó hasta los últimos días del año 1851, vió derrumbarse la monarquía parlamentaria, aparecer la república y fundarse un imperio, caídas y acontecimientos que habia previsto, y que motivaron su retirada, pero no su silencio ni su desaliento. Amaba la monarquía parlamentaria y hubiera querido salvarla. Fruto, producido en 1814 por las largas meditaciones del destierro, hubiera debido reconciliar á todos los franceses al rededor de un trono que tenia el prestigio de la antigüedad y que habia recobrado en el infortunio esa juventud que solo el infortunio puede devolver á los reyes. Pero el espíritu de la Francia, aun despues de veinticinco años de revoluciones no estaba bastante sazonado aun para los secretos y las virtudes de la libertad: todos, el rey y el pueblo, el clero y la nobleza, cristianos é incrédulos, hubieran debido tener un carácter que el tiempo no les habia dado aun. El primer trono vino abajo, el segundo trató de reanudar con sangre real mas popular la cadena rota de nuestras instituciones, y empleó en esta obra un valor y un talento dignos de mejor suerte; pero esta monarquía amenguada tuvo que hacer frente á las mismas dificultades ante las cuales habia sucumbido la primera. Nino tambien abajo el segundo trono. Mr. de Tocqueville no se habia contado entre sus partidarios ni entre sus enemigos. Podía junto con la oposicion victoriosa una cámara electiva mas independiente, y un cuerpo

electoral mas incorruptible; pero no se presentó mas que en la tribuna y nunca en la plaza pública, pidiendo de todas veras las reformas y negando toda cooperacion á la revolucion que se preparaba.

Sin embargo la república le admitió entre sus consejeros, primero como diputado, y luego en calidad de ministro de negocios estrangeros. En esta nueva faz de su vida política manifestó un espíritu ageno á toda clase de ilusiones; pues creía que la Francia que habia menospreciado las condiciones de la libertad bajo el gobierno de las dos monarquías, fuese capaz de servirla y aun de salvarla bajo el gobierno de una república. El nombre era nuevo, pero la situacion era la misma. No se habia realizado progreso alguno en la esfera general de las inteligencias, excepto un corto número de hombres eminentes á quienes la grandeza del peligro habia revelado la grandeza de las faltas, y que se unieron para dar al país la primera libertad civil de que habia gozado hasta entónces, la libertad de enseñanza. Este fué un luminoso rayo que se apareció en medio de la oscuridad de una borrascosa noche.

Pero otro rayo brilló tambien.

El restaurador de la libertad de Italia, el príncipe que desde su advenimiento al trono habia prometido espontáneamente á su pueblo instituciones libres, y mereció de la Europa entera un aplauso que tendrá eco hasta el fin de los siglos, el papa Pío IX habia sido espulsado de la capital del cristianismo despues de haber presenciado el asesinato de su ministro en las gradas de la primera asamblea legislativa que Roma tuvo desde el senado romano. Con ingratitud sacrilega habian sido recompensados los beneficios del Padre común de las almas, y vendido por la traicion y fugitivo habia vuelto hacia Dios sus miradas, las miradas del infortunio y del derecho ultrajado que no conmueven siempre á los hombres, pero que nunca, excepto por muy cortos momentos, se fijan inútilmente en aquel que al crear el mundo, le prometió hacerle primero justicia en el tiempo y despues en la eternidad. Esta vez, como tantas otras, la justicia temporal fué encomendada á la espada de la Francia, y presenció el espectáculo de que nuestros batallones conducidos por la bandera de la república repusieron en Roma al sacerdote coronado otro tiempo por Carlomagno, y establecido de derecho en su trono por el respeto de diez siglos. Era un sacerdote, es verdad, un anciano débil é indefenso; pero bajo sus canas, bajo su desconocida toga de los consules cuyo lugar ocupaba, conservaba no el orgullo de un pueblo señor del mundo, sino la humildad suprema de la cruz, y con ella la paz y la libertad del mundo; y sus cordones podían oponerse á los golpes y ejercicios de la Francia; opuso á los sacrificios eb instinto inflexible de su carácter político y cristiano, y á los ejercicios de una democracia. Talz opuso el don de la victoria, que Dios le concedió el día en que Clodoveo, su primer monarca, humilló su frente ante la verdad.

La libertad de enseñanza, el establecimiento del sumo Pontífice en su trono temporal, y el aquí las obras benéficas de la segunda república francesa, y al leer estas dos disposiciones hubiera podido creerse séla cimentada; Mr. de Tocqueville como ministro tuvo parte en estos dos actos de prudencia y energía, y sin duda ahora, en la otra vida, no le ofrece la conciencia recuerdo alguno que le induzca al despo de rectificar estos actos de su vida y de su tiempo.

Luego despues del 2 de diciembre del 1851, monsieur de Tocqueville regresó á su casa de campo, volvió á la vida privada, dando por terminada una carrera política que duró doce años, y al retirarse de esta suerte, traía consigo un carácter sin mancha, una fama no aventajada por la gloria de ninguno de sus contemporáneos, y al propio tiempo un cuerpo debilitado por el trabajo mental y por el trabajo de los negocios. En la vida privada encontró esos recuerdos de la juventud que tan queridos son al hombre en su edad madura, esas arboledas que habia plantado, esas aguas cuyo curso habia trazado, el respeto y el amor de todo lo que habia envejecido durante su ausencia; y mas próximo á su corazon todavía encontró otra vida dedicada exclusivamente á la suya, y que aun sin la gloria hubiera bastado para recompensarle todo el bien que habia hecho y todas las venturas que habia escrito. Bajo este concepto cabe de-

(1) De la Democracia en América, introducción.

chese tambien que habia sido mayor que su siglo. Joven aun y no muy rico, no habia buscado en su compañera el esplendor del hombre ni de la fortuna; sino que confiando sus destinos á donas mas perfectas, solo se equivocó en las proporciones de su felicidad, que fué mayor de la que esperaba y de la que se habia prometido.

Sin embargo, este excelente retiró en que iba á buscarse de cuando en cuando la amistad, no borró completamente del alma del publicista el recuerdo de la causa á la que habia prestado sus servicios. Las heridas causadas á la libertad, aunque las habia previsto, penetraron como una espada en su corazon, y llevaba en sí, bajo una cicatriz que chorreaba sangre, el profundo pesar de todo cuanto habia visto realizarse. Quiso proporcionarse un consuelo y buscar una esperanza, y entonces concibió la idea de escribir su última obra en la que comparando la revolución y el antiguo régimen, pretendió demostrar á sus contemporáneos que sin saberlo vivian aun bajo el mismo régimen que creían haber destruido, y que ahí estaba el origen principal de sus continuas desdichas.

Verdad es que se conservaba, una tribuna, y que habia una imprenta libre; pero detras de esta brillante apariencia de vida nacional que habia sido la autocracia, absoluta de la administracion pública, la obediencia pasiva de todo un pueblo, el silencio de las ruedas inutilizadas y movidas de un modo irresistible por un impulso ajeno á la familia, á la municipalidad, á la provincia; y por último la vida de todos, hasta en sus menores detalles entregada al dominio de algunos estadistas bajo la pluma ociosa é indiferente de cien mil escribientes? Pues bien, preguntaba el autor, ¿sabeis quien ha inventado este mecanismo, quien ha creado esta servidumbre? No ha sido la revolucion, sino el antiguo régimen, no el año 1789, sino los monarcas Luis XIV y Luis XV, no lo presente sino lo pasado. Vosotros no habeis hecho mas que encubrir la servidumbre civil que es la peor de todas con el velo falaz de la libertad política, levantando una estatua con cabeza de oro y piés de barro, y convirtiendo á la sociedad francesa en otra estatua de Nabucodonosor, que para derrocarla y destruirla bastó una piedra arrojada por una mano desconocida. Y esta tesis tan nueva, aunque tan manifiesta, Mr. de Tocqueville la desarrolló con la calma de la erudición, despues de haber pasado mucho tiempo consultando los archivos administrativos de los dos últimos siglos, tanto mas elocuentes en cuanto creian conservar su secreto para el estado y no para el mundo.

Tal fué el testamento de Mr. de Tocqueville, la suprema manifestacion de su pensamiento. Despues de esto no hizo mas que languidecer. Operario demasiado activo para no ser consumido por la misma luz que habia derramado, avanzó poco á poco, mas sin apercibirse de ello, hacia una muerte que debia ser la tercera recompensa obtenida en su vida; la gloria habia sido la primera; la segunda la encontró en la felicidad doméstica por espacio de veinticinco años; su prematuro fin debia proporcionarle la tercera recompensa y poner el sello á la justicia de Dios sobre él. Siempre habia sido sincero con Dios por propio que con los hombres. Un buen sentido, una razonazonada por la fealdad antes de serlo por la reflexión y la experiencia, le habian revelado sin grandes esfuerzos la existencia de un Dios activo, viviente, personal que dirige todas las cosas, y de esta elevacion tan sencilla, aunque sublime, habia descendido sin grandes esfuerzos tambien al conocimiento del Dios que nos enseña el Evangelio; y cuyo amor le hizo sacrificar por la salvacion del mundo. Pero su fe acaso participaba mas de la razon que del corazon. Veia la verdad del cristianismo y la seguia sin ruborizarse, y reconocia su eficacia hasta para el bienestar temporal del hombre; sin embargo no habia alcanzado á esa esfera en que la religion nos deja cosa alguna que no tome su forma y participe de su fuego. La muerte le proporcionó el don del amor. Recibió como un antiguo amigo al Dios que le visitaba, y conmovido en su presencia hasta el punto de derramar lágrimas, libre por fin del mundo, olvidó lo que habia sido, su nombre, sus servicios, sus pesares y sus deseos, y antes de darnos el postrer adios, no quedaban ya en su alma sino las virtudes que habia adquirido al pasar por este mundo.

Esas virtudes, señores, os pertenecian. Sagrado adorno del mas elevado y verdadero talento literario, gozabais de su alianza en la persona de Mr. Tocqueville, y él tenía á sumo honor el contarse entre los individuos de esta ilustre corporacion, pues érais en su concepto los representantes de la literatura francesa, y en la literatura reconocia algo más que el ingenioso desarrollo de las facultades del espíritu. En él veia al auxiliar poderoso de la causa á la que habia dedicado toda su vida, la antorcha de la verdad, la espada de la justicia, el digno escudo en que se grababan los pensamientos que no mueren jamas, porque sobreviven á todos los tiempos y á todos los pueblos. Su juventud se habia formado en estas grandes lecciones. Inclinado á la antigüedad como un hijo se inclina hacia su madre, se habia complacido en ver á Demóstenes defendiendo la libertad de la Grecia y á Ciceron quejarse de los planes parricidas de Catilina, habia visto á uno y otro ser víctimas de su elocuencia y de su patriotismo, buscando el primero la muerte en un veneno para librarse de la venganza de un lugar-teniente de Alejandro, y al segundo entregando al sicario enviado por Antonio su cabeza que el pueblo romano debia ver clavada en la tribuna de las arengas para que fuese la constante imagen del terror que inspira á los tiranos la palabra del hombre en boca de un orador. Habia visto á Platon dictar en su República las leyes ideales de la sociedad, declarar que la justicia es su principal fundamento, que el poder se ha establecido para el bien de todos y no en beneficio de los que gobiernan, que por derecho natural pertenece á los mas ilustrados y virtuosos, y que son responsables todos los que lo ejercen; que los ciudadanos son hermanos; que deben ser educados por los mas sabios de la república en el respeto á las leyes, en el amor á la virtud y en el temor de los dioses; que la paz entre las naciones es el deber de todos y el honor de los que no empuñan la espada sino por precision y en defensa del derecho. Habia admirado en Zenon al padre de esa heroica descendencia que sobrevivió á todas las grandezas de Roma, y con el espectáculo de una fuerza de alma invencible consoló á todos los que creian aun en sí mismo cuando ya nadie creia en nada. Si Horacio y Virgilio le habian presentado en versos admirables la triste imagen de los poetas cortesanos, habia encontrado en Lucano el vestigio del valor y á los dioses no menos que á César sacrificados por él á los vencidos en Farsalia. Por fin, en los últimos tiempos de la literatura antigua y casi junto á su tumba, Tácito le habia hablado ese lenguaje vengador que convirtió el crimen en un monumento á la virtud, y de la mas baja servidumbre hizo un camino para la libertad.

Otros abrian tambien ese camino cuando Tácito con su implacable buril trazaba ese costoso y eterno sulco: Pues la libertad, como las regulares corrientes de aire que no dejan las aguas de un mar, sino para entumecer las aguas de otro, cambia de lugares, de pueblos y de almas, pero no muere jamas. Cuando se la cree estinguída, no hace mas que subir ó bajar algunos grados del ecuador. Abandónala un pueblo envejecido para preparar los destinos de un pueblo naciente, y súbitamente reaparece entre las cosas humanas cuando se la creia olvidada para siempre. Habia pues en tiempo de Tácito hombres nuevos que trabajaban como él, pero en un idioma que Tácito no conocia para la restauracion de la dignidad humana, y que hacian en favor de la libertad de conciencia, principio de todas las otras, mas que habian hecho los oradores, los filósofos, los poetas y los historiadores de las épocas anteriores. No se llamaban Demóstenes ni Ciceron, Platon ni Zenon; no dirigian su voz á un solo pueblo desde una tribuna ilustre pero aislada; se llamaban Justino el Mártir, Tertuliano el Africano, Atanasio el Obispo, y ya de palabra, ya por escrito, se dirigian á todas las partes del mundo conocido, literatura universal que presidia la fundacion de una sociedad mas vasta que el imperio romano, literatura que subsiste todavia despues de diez y nueve siglos, y de la que vosotros, señores, sois en la actualidad, una rama á la que salido, una gloria que yo no me recia ciertamente admirar tan de cerca.

De tres siglos acá la literatura francesa ha tenido una parte para siempre memorable en los destinos del mundo. Cris-

tiana en tiempo de Luis XIV, y dotada de la misma elocuencia, aunque con un gusto mas esquisito, que en tiempo de los Padres de la Iglesia; opuso un Pascal á Tertuliano, un Bossuet á San Agustin, Massillon y Bourdaloue á San Juan Crisóstomo, Fenelon á San Gregorio Nacianceno, al propio tiempo que oponia un Cornille á Eurípides y Sófocles, Racine á Virgilio, La Bruyere á Teofrasto, Moliere á Plauto y Terencio, siglo raro que hizo de Luis XIV el sucesor inmediato de Augusto y de Teodosio, y de nuestra lengua la heredera de la Grecia y la dominadora de los espíritus.

El siglo siguiente degeneró en espíritu cristiano, pero no en talento. Produjo dos hombres enteramente nuevos en la historia de la literatura y tuyo en ellos á sus dos primeros astros; el uno tomó de Lucinio la ironía, el otro nada tomó de nadie; ambos eran bastante briosos para destruir y atacar, atacando una sociedad corrompida con arma que en sí no eran muy pura, preparándonos esas formidables ruinas en que de sesenta años acá tratamos de fijar el removido ego de las creencias religiosas y de las virtudes cívicas. Esos dos hombres, sin embargo, no fueron en el siglo diez y ocho los únicos representantes de la gloria y de la eficacia literarias. Buffon escribía con dignidad y majestad sobre la naturaleza, y Montesquieu educado por treinta años de una meditacion asidua sobre los errores de su juventud, con su *Esprit de las leyes*, se elevaba á la altura de Aristóteles y Platon, sus predecesores, y únicos en la ciencia del derecho. Tuvo el honor de emancipar de la irreligion vulgar los principios de una sana libertad, y al leer su obra se encuentran en cada página rasgos que censuran el despotismo, pero sin la menor tendencia al desorden y sin contraer solidaridad alguna con la destruccion. Preciso es confesar que si Juan Jacobo Rousseau fué en su *Contrato social* el padre de la demagogia moderna, Montesquieu en su *Esprit de las leyes* fué el padre del liberalismo conservador en que esperamos ver caducados algun dia el honor y la paz del mundo.

Señores, me he dado prisa por llegar á este siglo que es el vuestro y en que voy á encontrar á vuestro lado á Mr. de Tocqueville. Tan cristiano en sus grandes representantes como el siglo de Luis XIV, pero mas generoso, mas amigo de las libertades públicas, menos deslumbrado por la influencia y el esplendor de uno solo, nuestro siglo se inaugura con un escritor, que la Providencia parece haberse propuesto convertirle en el Juan Jacobo Rousseau del cristianismo. Poeta melancólico en una prosa cuyo secreto fué el primero en descubrir, Mr. de Chateaubriand habla al corazon de sus contemporáneos como un peregrino procedente de los tiempos de Homero, y de los desconocidos bosques del Nuevo Mundo. Pero al propio tiempo que inauguraba ese estilo en que nadie le habia precedido y nadie le habia igualado despues, nos daba tambien el ejemplo de la virilidad política del carácter, y este edificio no olvidará jamas que entró en este recinto sin que pudiera pronunciar el discurso que le imponian vuestros votos, y le exigia su reconocimiento hacia vosotros. Otros, como él, pagaban á su fe religiosa ó á su independencia personal, esa deuda de valor ante la omnipotencia. Mr. de Bonald mereció que la *Legislacion primitiva* fuese pulverizada por la censura. El anciano Ducis, insensible á la victoria, conserva intacta bajo el esplendor de la misma la corona de sus canas. Mad. de Staël espío con diez años de destierro un silencio de que nada habia sido bastante para sacarla. Delille cantaba los reinos de la naturaleza y en un arranque de justo orgullo exclamó: «Nadie ha podido arrancar una palabra á mi candor, una mentira á mi pluma, un temor á mi corazon.»

Y á propósito, señores, me he ocupado de los muertos, porque la tumba permite hacer elogios, y al levantar la mortaja no se teme ofender el pudor de la inmortalidad. Confieso sin embargo que me es costoso el sacrificio de no hablar sino de los muertos en presencia de una corporacion en la que veo figurar á los herederos directos de las principales glorias literarias de nuestra época; oradores que por espacio de treinta años han ejercido el don de conmovier así en la tribuna como en el foro, poetas que han descubierto nuevas vibraciones en la armonia de las palabras y de los pensamientos, historia-

dores que han examinado nuestras antigüedades nacionales ó que han narrado á nuestra generacion el valor que desplegaron sus padres en la vida civil y en la vida del campamento, publicistas que han escrito en favor del derecho á despecho del despotismo y de utópicas ilusiones, estadistas cuyas palabras han dominado tempestuosas asambleas y no han recogido en el poder, mas que el convencimiento de su propia dignidad, filósofos que han realizado entre nosotros la escuela de Platon y de San Agustin, de Descartes y de Bossuet, y han inscrito su nombre despues, de estos en el respetable ejército de los sabios y elocuentes, escritores que han tomado á especial empeño y con particular cariño la perfeccion del estilo y que no han perdido el buen gusto ni el amor al arte aun en su edad muy avanzada; y á todos esos hombres eminentes los veo tomar una honrosa parte en las luchas de su tiempo, los veo cubiertos de cicatrices, y sin haber podido salvar á su siglo están seguros de ser contados algun dia en el número de los que ni le habrán adulado ni le habrán hecho traicion.

Y vos tambien, Tocqueville, sois uno de estos, este sitio que yo ocupo era el vuestro. Usando de mayor libertad con vos que con los vivientes puedo elogiaros; al presentar en cuadro vuestras ideas, al describir vuestros actos y vuestro carácter, he podido enaltecer en vos á todos los que como vos aspiraban á ilustrar á su siglo sin odiarle y á hacer nuestras generaciones dominadas por la incertidumbre en la senda en que Dios, el alma, el Evangelio, el orden y la accion forman á la vez al ciudadano, y sostienen á la sociedad entre los dos peligros en que oscilará constantemente, entre el peligro de darse un señor y el de gobernarse sin un poder. Nadie mejor que vos conoció nuestras debilidades y descubrió nuestros errores; nadie ha sondeado con mas acierto las causas ni ha indicado mejor los remedios. Mr. de Chateaubriand en una memorable circunstancia dijo: «No, nunca creeré que escribo sobre las ruinas de la monarquía; vos hubierais podido decir: No, nunca creeré que escribo sobre las ruinas de la libertad.»

Tal es tambien vuestra fe, señores, la fe de la literatura francesa, y tal será en gran parte su obra. Al examinar la serie de nuestros tres siglos literarios y esa sucesion constante de hombres eminentes en todos los ramos de los conocimientos humanos, no puede menos de reconocerse que la Providencia vela sobre nuestra literatura para que cumpla una mision que le está encomendada. Y por mi parte no me cabe duda alguna en que esta mision es saludable y que tiende á preparar un porvenir de orden y de paz en que bajo nuevas condiciones quedarán satisfechas las verdaderas necesidades de la humanidad perfeccionada. Para convenirse de ello basta notar que, salvas raras excepciones, el talento de Francia conduce hácia la verdad y le sirve. Todo lo que sobresale en las regiones de la inteligencia, todo lo que se atrae la admiracion, desde Pascal al conde de Maistre, desde Montesquieu á Mr. de Tocqueville, toma en su privilegiada altura el carácter del orden, algo grave y santo, que ilumina y no consume, que mueve y no destruye, y que es á un tiempo la señal y la fuerza del bien. Tales son, sin que quepa disimularlo, los grandes rasgos de la literatura francesa y las brillantes eminencias en que la posteridad á su pesar viene á buscar el beneficio de la ilustracion entre el esplendor del mas esquisito gusto. Continuaré, señores, estas dos tradiciones de lo bello y de lo verdadero, de la independencia y de la sencillez que son el carácter secular del ingenio francés. Así, bien podré confesarlo, cuando vuestros votos me han proporcionado de improviso un puesto entre vosotros, no he creído óir simplemente la voz de una corporacion literaria, sino la voz de mi país que me llamaba á tomar asiento entre los que son; digámoslo así, el senado de su pensamiento y la representacion profética de su porvenir. He echado de ver las preocupaciones que me hubieran separado de vosotros veinte años atrás, y estas preocupaciones vencidas en virtud de vuestra eleccion me dan á conocer los progresos realizados en sesenta años de una experiencia sembrada de peligros, de vaivenes de la fortuna, de desengaños, de impotentes, aunque gloriosos esfuerzos. Monsieur de Tocqueville era entre vosotros el simbolo de la libertad magníficamente com-

prendida por un gran talento; yo seré, y permitidme que me atreva á decirlo, el simbolo de la libertad aceptada y fortalecida por la religion. No podia caberme en el mundo mayor recompensa que la de ser el sucesor de semejante hombre para la propagacion de semejante causa.

(El discurso que Mr. Guizot pronunció en la misma recepcion, en contestacion al que acabamos de transcribir, se insertará en uno de nuestros próximos números.)

ESTRANJERO.

Paris 12 de febrero.

El Court Journal de Londres asegura que los recursos pecuniarios de que dispone D. Juan de Borbon le han sido facilitados por la sociedad Biblica de aquella capital, y que en cambio ha ofrecido que si llega á reinar en España permitirá en este país la libertad de cultos.

Roma 10 de febrero.—Segun noticias de Gaeta del 7, se ha en el contrato el cuerpo del general Traverso. Removiendo los escombros se ha descubierto una parte de los cadáveres que estaban aun sepultados, y se han sacado dos víctimas con vida. Como la brecha está en el lado del mar, será defendida fácilmente. Se asegura que los piemonteses han sufrido grandes pérdidas.

Londres 10 de febrero.—El Office Reuter publica noticias de Washington del 30 de enero y que anuncian que la Luisiana se ha separado de la Union por una votacion de 443 votos contra 13, y ha decidido que seria libre la navegacion del Mississippi. Las tropas del Estado de la Luisiana se han apoderado del hospital de Nueva Orleans y han mandado que salgan de él los enfermos. Se asegura que el coronel Hayme ha recibido nuevamente instrucciones para que reclame la rendicion del fuerte Sumter.

De una correspondencia particular de Nueva York de fecha del 30 de enero que publica la Patria, tomamos las siguientes noticias:

El vapor Tennessee que ha llegado de Nueva Orleans trae noticias de Méjico del 19 y de Veracruz con fecha del 23.

El gobierno constitucional de Juarez se organiza. Ha sido convocado el Congreso para el 18 de abril. Se asegura que los ministros de España, de Guatemala y del Ecuador, así como el Nuncio del Papa, han recibido sus pasaportes con la invitacion de que salgan cuanto antes del territorio mejicano. Creo que es prudente recibir estas noticias á beneficio de inventario.

Paris 15 de febrero.

Segun dice la Correspondencia Havas, la solución que propondrá el folleto de Mr. de la Guéronniere, titulado Francia, Roma y la Italia, consistirá en dar al Papa todos los honores de un príncipe soberano con una lista civil votada por la Italia, pero traspasando á Victor Manuel el Vicariato sobre las antiguas posesiones de la Santa Sede y el derecho de tener su corte y de reunir el Parlamento italiano en Roma.

Leemos en la Patria: «Varios partes de Turin anuncian que la plaza de Gaeta habia perdido capitulacion. No tenemos dato alguno particular que confirme ó niegue este hecho; pero hemos recibido sobre el conjunto de las últimas operaciones algunos detalles exactos que son de bastante interes en las circunstancias actuales.»

Durante el periodo que siguió á la continuacion de las hostilidades despues de la salida de la escuadra francesa, la lucha ha sido viva y enérgica por una y otra parte. Los sitiados han tenido que sufrir un bombardeo tanto mas terrible, cuanto que se dirigia contra una ciudad de corta estension, y que el fuego convergente de los piemonteses, no solo alcanzaba de noche y de dia á

las casas é iglesias, sino tambien á los hospitales, sin dejar á los defensores un punto cubierto donde poder albergar á sus heridos.

Hacia mucho tiempo que el Rey no se hacia ilusiones. Se asegura que desde el 3 de febrero respondió á una peticion de capitulacion que se le habia dirigido que cumpliera con un deber sagrado, que se hallaba en la posicion de un general de ejército combatiendo por el honor de la bandera, y que entregaria la plaza cuando no fuera posible la defensa, pero que sus derechos imprescriptibles bajo el punto de vista de los principios eran independientes de la posesion de Gaeta.

Por otra parte, estando previsto el resultado definitivo del sitio desde la salida de la escuadra francesa, la cuestion de Gaeta perdió toda su importancia bajo el punto de vista de los negocios italianos, y no conservaba interés sino bajo el punto de vista militar.

Considerada la cuestion militarmente, todas las opiniones están unánimes en hacer justicia al valor del Rey, al de sus hermanos los príncipes y al de la Reina y de los bravos soldados que le han permanecido fieles.

Cuando las hostilidades hayan cesado delante de Gaeta, las tropas piemontesas que están actualmente empleadas en el sitio irán á pacificar el reino de Nápoles varias de cuyas provincias están agitadas aun por movimientos anti-anexionistas.

Un parte que acabamos de recibir en el momento de entrar nuestro número en prensa, nos asegura que es cierta la noticia de la capitulacion de Gaeta. La plaza ha agotado las municiones durante los veinte dias que ha durado la lucha desde que volvieron á romperse las hostilidades. El mismo parte anuncia que, segun las instrucciones del gabinete de Turin, las condiciones de la capitulacion serán muy honorosas para los defensores de Gaeta.

Diferentes veces hemos vituperado con motivo de la lucha de que son teatro actualmente los Abruzzos, las medidas violentas tomadas por el general Pinelli. El periódico la Armonia de Turin publica la siguiente orden del dia que este general ha dirigido recientemente á las tropas piemontesas de su mando:

«Oficiales y soldados! Mucho habeis trabajado, pero nada se ha hecho mientras queda alguna cosa que hacer. Un resto de esta raza de ladrones se alberga aun en los montes; corred á sacarlos de sus guaridas y sed inexorables como el destino! Contra tales enemigos la compasion es un crimen. Viles y doblando la rodilla cuando os ven en mayor número, vienen á acometeros traidoramente por la espalda cuando os ven débiles, y pasan á cuchillo á los heridos. Indiferentes á todo principio político, y ávidos únicamente de botín y de rapina, son por ahora los bandidos asalarados del vicario, no de Cristo, sino de Satanás, prontos á vender á otros su puñal cuando el oro arrancado á la estúpida credulidad de los fieles no baste ya á saciar sus apetitos.

Los aniquilaremos, aplastaremos el vampiro sacerdotal que con sus impuros labios está chupando hace siglos la sangre de nuestra madre, purificaremos con el hierro y el fuego las regiones infectadas con su inmunda baba, y de sus cenizas saldrá mas vigorosa la libertad para esta noble provincia de Aseoli.»

El general Pinelli ha sido declarado de cuartel á consecuencia de esta orden del dia que no encontramos palabras bastante severas para vituperar. Esta medida del gabinete de Turin, es una satisfaccion dada á la opinion pública de Europa.»

En 1848 estalló un pronunciamiento en las municipalidades de Menton y Roquebrune perteneciente al principado de Mónaco que solo pudo conservar su autoridad en la

capital que dá título. Cerdeña ocupó por dos pequeños destacamentos aquellos puntos, y por mas que desde entónces el príncipe ha protestado contra la usurpacion de Cerdeña, esta no habia querido restituir el territorio usurpado, en vista de lo cual Honorato ha vendido á Francia el territorio en cuestion que los sardos tendrán que entregar mal que les pese, sin sacar honra ni provecho. El príncipe de Mónaco no saca lo primero, pero saca al ménos lo segundo y la satisfaccion de haber hecho á los sardos soltar la presa.

PALMA.

Hemos recibido el prospecto de un nuevo periódico satírico titulado *La Charanga*, que debe principiar su publicacion en esta capital en 1º del próximo marzo, saliendo cuatro veces al mes, y cuyo precio de suscripcion es de 4 rs. mensuales. Mañana insertaremos el prospecto.

Se nos ha rogado por varios gremios industriales la publicacion del siguiente

REMITIDO.

En el número 40 de este periódico dimos noticia del nudo gordiano que al parecer se habia verificado entre los clasificadores y sindicatos de algunos gremios, en los términos muy razonados y equitativos que son de ver en dicho número.

Empero la administracion de hacienda pública ha deseado dicho nudo (segun han contado personas muy fidedignas) del modo siguiente:

«Respecto á que la reforma hecha por los clasificadores de la cuotizacion que los mismos habian practicado no es acorde con la del síndico, no valga ni una ni otra, y sirva la clasificacion primitiva.» No es fácil de comprender en qué principio de equidad, ni en qué base legal pueda fundarse tan inesperada resolusion, y mayormente en uno de los casos que hemos sabido, y en que los clasificadores y el síndico estaban acordes en un punto: no obstante la administracion referida, no quiere que sea válido este acuerdo, sino que se lleve á efecto una clasificacion que los mismos que la hicieron no han tenido inconveniente en rectificar; añadiendo algunas cantidades á las cuotas repartidas. La simple indicacion de lo ocurrido basta para convencerse de que la administracion de hacienda pública debia respetar, á lo ménos, las reclamaciones que los clasificadores y sindicatos habian atendido, por ser un axioma muy trivial y exacto en lo mas queda comprendido lo ménos; ó mas bien que en 4,100 rs. (segun el caso citado) van comprendidos 968 rs. y algunos céntimos; y por lo mismo en esta cuota no hay discrepancia; y no obstante tan solo se pagarian 900 rs. segun la primitiva clasificacion adoptada.—Ademas; el procedimiento de dicha administracion demuestra que no son los clasificadores los que tienen voto decisivo: parece que ha considerado el caso muy peliagudo, y no ha querido decidirlo. Empero siendo de mucha trascendencia no solo por este año sino por los sucesivos, suplicamos al señor Gobernador de la provincia se sirva declarar en vista de las poderosas razones espuestas en dicho número 40, y hoy, que son los sindicatos que deben atender las reclamaciones; y en caso de que tenga alguna duda se digne elevar la correspondiente consulta al Gobierno supremo de S. M. y de este modo se evitarán muchos perjuicios á que ha dado y puede dar lugar la oscuridad sobre tan interesantísimo asunto; como así lo esperamos de su decidido amor á la equidad y á la justicia, como tambien del constante anhelo para hacer mas llevaderas las cargas ó contribuciones de los habitantes de esta provincia.

Boletín religioso.

Santo de mañana.

SAN CONRADO CONFESOR, SAN PAULINO MÁRTIR Y SAN GAVINO PRESBITERO Y MÁRTIR.

Fué Gabino pariente del emperador Dioclesiano, era hermano del Papa San Cayo

y padre de Santa Susana; parece que sus padres eran tambien cristianos, y no puede creerse otra cosa si se atiende á la inocente vida del santo, á sus piadosas inclinaciones y ardiente devocion que manifestó ya en su infancia, fruto esclusivo de una cristiana educacion.

Muerta su virtuosa esposa se dedicó con toda solicitud al cuidado de su única hija Susana, cultivó su entendimiento con las sublimes luces de los divinos misterios, imprimió en su corazon un verdadero amor á Dios, fruto de la idea que del Supremo Hacedor le habia imbuido, y ántes de morir, tuvo la dicha de verla coronada virgen y mártir.

No se contentaba nuestro santo con el cuidado de sus inmediatas obligaciones; ordenado sacerdote corria las cabañas y grutas de los montes donde se refugiaban muchos cristianos para prestarles auxilio espiritual y temporal; celebraba el santo sacrificio de la misa y les fortalecia, dando la comunión á los que estaban en vísperas de ofrecerse á Dios en las aras del martirio. Al mismo tiempo escribió un excelente tratado que evidenciaba la locura de los dogmas de los paganos, y ayudó notablemente á su hermano S. Cayo, despues que obtuvo la suprema dignidad eclesiástica, tomando así parte en la solicitud pastoral de Sumo Pontífice.

Deseaba Gabino seguir las huellas que le habia trazado su hija en el camino del martirio, y como si lo supiera el irano, se empeñaba en hacerle adorar los idolos. Encerrado en un oscuro calabozo sufriendo hambre, miseria y cuantos tormentos inventó aquella cruel barbarie que cometa con él las mayores atrocidades, agradecia á Dios la ocasion de padecer por su amor y los celestiales consuelos que durante los seis meses que padeció tantos tormentos le dispensó la Providencia, hasta que murió degollado terminando así su gloriosa carrera.

CULTOS.

Mañana miércoles

En la iglesia de San Francisco de Asis á las once y media y celebrándose el santo sacrificio de la misa, se practicará el tercero miércoles dedicado á San Antonio de Padua.

CORTE DE MARIA.

Día 19: se hace la visita á la Virgen de Lluch, iglesia de San Nicolas.

EJERCICIO MENSUAL

DEDICADO AL PATRIARCA SAN JOSE.

Tendrá lugar en las iglesias que á continuacion se espresan:

En San Antonio de Viana á las siete de la mañana, con música y esposicion de su Divina Magstad.

En la Merced á las siete y media.

En San Antonio de Padua á las ocho.

En las Teresas á las diez, con esposicion y música.

En San Nicolas á las once, con música y esposicion de S. D. M., repitiéndose al anochecer.

En San Cayetano á las once y media.

En San Francisco de Asis á igual hora, patenté el Santísimo.

En Santa Eulalia al anochecer, con música y manifiesto de S. D. M.

En Santa Cruz á igual hora.

En S. Jaime á la misma hora.

En San Miguel á igual hora, con esposicion.

En San Gerónimo á la misma hora, con esposicion del Santísimo Sacramento.

En el Socorro á igual hora, con esposicion de S. D. M.

En las Miñonas tambien al toque de oraciones, con esposicion.

En la Consolacion á la misma hora, con manifiesto de S. D. M.

En San Magin á la propia hora.

Relacion de los pasajeros que procedentes de Sta. Pola llegaron á esta capital el dia 15 del corriente con el laud San Antonio.

D. Ramón Fuentes, pastor. José Ferrá, despensero.

Relacion de los pasajeros que procedentes de Barcelona llegaron á esta capital el dia 16 del corriente con la tartana Carmen.

D. Jorge Berga, jornalero.

Relacion de los pasajeros que procedentes de Villajoyosa llegaron á esta capital el dia 16 del corriente con el laud Joven Maria.

D. Manuel Perez, tratante.

Relacion de los pasajeros que procedentes de Barcelona llegaron á esta capital el dia 16 del corriente con el queche Esmeralda.

D. Antonio Marimon, cocinero. Antonio Calafell, jornalero.

Por todo lo que va sin firma—J. C. y Pons.

Anuncios oficiales.

SERVICIO DE LA PLAZA para mañana 19 de febrero de 1861.

Gefe de dia el comandante graduado capitán del batallón fijo de Artillería de Mallorca, don Bartolomé Frontera.

Parada, Hospital y provisiones, el regimiento infantería de Gerona.

El T. C. S. M.—Benito de Amores.

ADMINISTRACION PRINCIPAL DE HACIENDA PÚBLICA DE LAS BALEARES.

El martes 19 del corriente mes á las doce horas de la mañana tendrá lugar la venta en pública subasta en los estrados del edificio que ocupa esta Administracion de un caballo y un carro aprehendidos con géneros de contrabando por la fuerza de carabineros del Reino; sirviendo de tipo para dicha venta los justiprecios que obran en esta oficina.

Lo que se anuncia para conocimiento de los que deseen tomar parte en ello. Palma 17 de febrero de 1861.—P. A.—Federico Vassallo.

D. Francisco de Madrid Dávila Juez de primera instancia de este partido y distrito de la Lonja.

Quien quiere hacer postura á unas casas situadas en Son Rapina, terreno denominado Son Llull propias de las menores Maria, Francisca, Onofria y Catalina Feliu y Vicens con asistencia de su madre y curadora

Francisca Ana Vicens la que está justipreciada en seiscientas libras de cuya cantidad no deberá hacerse baja del censo á que está afectada la insinuada casa, y se saca á pública subasta por término de veinte dias, por tenerlo así mandado en el expediente formado á instancia de las mismas, sobre la venta de dichas casas; acuda á los estrados de este Juzgado el dia trece de marzo próximo á las doce de su mañana. Palma diez y seis de febrero de mil ochocientos sesenta y uno.—Francisco de Madrid Dávila.—Por su mandado—Pedro Antonio Tomas.

NO DRIZAS.—Una de 22 años de edad y la leche de cuatro meses, desearia encontrar criatura para criar en su casa sita en esta ciudad. En la calle de la Font de ne Xona, número 42, darán razon.

Otra idem, viuda, de edad de 30 años, cuya leche es de doce meses, solicita criatura para darle de mamar en casa de los padres de la última: en el hostal den Virdango darán razon.

ALQUILERES.—Está para alquilarse una casa botiga, con agua de fuente y corral, situada en la calle del Jesuset de la Calatrava, manzana 38 número 5: en esta imprenta darán razon.

ALQUILERES.—Está para alquilar una casa muy grande, que puede servir para hostal ó taberna; darán razon en la calle de la Pau, manzana 202, número 7.

Ciudad de Palma.

NOTA de los precios que han tenido en el mercado de esta capital los frutos y artículos de primera necesidad que á continuacion se espresan, durante la segunda quincena de este mes.

	Medida y peso mallorquin.	Lib.	Suel.	Din.	Medida y peso castellano.	Reales.	Cént.
Trigo candeal.	Cuartera.	6			Fanega.	59	80
Trigo.	Id.	5	17		Id.	57	75
Id. menudo.	Id.				Id.		
Id. extranjero.	Id.				Id.		
Cebada.	Id.	3			Id.	29	90
Centeno.	Id.				Id.		
Maiz.	Id.	4			Id.	39	90
Habas.	Id.	4	10		Id.	44	
Habichuelas.	Id.	9			Id.	89	75
Guijas.	Id.	4			Id.	39	90
Garbanzos.	Id.	6	48		Arroba.	14	90
Arroz.	Arroba.	1	16		Id.	24	
Aceite de 1ª clase.	Cuartan.	1	14		Id.	70	59
Id. de 2ª id.	Id.	1	12		Id.	66	42
Vino.	Cuartin.	2			Id.	13	
Aguardiente.	Id. Olanda.	5	3		Id.	38	
Vaca.	Libra.	11			Libra.	7	30
Carnero.	Id.	11			Id.	7	30
Tocino.	Id.	11			Id.	7	30
Algarrobas.	Quintal.	1			Quintal.	13	30
Almudron.	Id.	20			Id.	266	20
Queso.	Id.	20			Id.	266	20
Lana.	Id.	18			Id.	240	
Paja larga.	Arroba.	3			Arroba.	1	98
Id. tallada.	Id.	2	9		Id.	1	82
Harina del pais.	Quintal.				Quintal.		
Harina 1ª.	Id.	6	15		Id.	89	90
Id. 2ª.	Id.	6	6		Id.	83	90
Carbon de encina.	Id.	1	7		Id.	17	90
Id. de mata.	Id.	1	4		Id.	15	90
Leña.	Id.	7	6		Id.	4	93
Id. para horno.	Somada.	11			Carga.	7	96

Palma 1.º de febrero de 1861.—El Alcalde—Mariano de Quintana.

Ciudad de Ciudadela.

NOTA de los precios que tienen en esta plaza los artículos de consumo que en la misma se espresan, en la segunda quincena del mes de enero de 1861.

	Medida y peso mallorquin.	Lib.	Suel.	Din.	Medida y peso castellano.	Reales.	Cént.
Trigo.	cuartera.				fanega.		
Cebada.	id.	2	14		id.	23	
Centeno.	id.				id.		
Garbanzos.	id.	7	4		arroba.	16	
Arroz.	arroba.	1	14	8	id.	21	55
Aceite.	cuartan.	1	16		id.	72	
Vino del pais.	cuarter.	14			id.	18	27
Aguardiente.	libra.	2	8		id.	62	32
Vaca.	id.	9			libra.	2	23
Carnero.	libra.	8			id.	2	
Tocino.	id.				id.		
Trigo candeal.	cuartera.	6			fanega.	60	
Habas.	id.	4	16		id.	48	
Habichuelas.	id.				id.		
Guijas.	id.	4	16		id.	48	
Leña.	quintal.	5			quintal.	3	66
Carbon.	id.	1	3		id.	18	34
Algarrobas.	id.				id.		
Queso.	id.	13			id.	187	72
Lana.	id.				id.		
Paja de trigo.	id.		10		id.	7	32
Id. de cebada.	id.		8		id.	5	75

Ciudadela 31 de enero de 1861.—El Alcalde—Pedro Martorell y Olives.